

sea el más aventurado y el más difícil de entender de todos los comercios parisienses. Don Nicolás le hablará á usted de las dificultades inherentes á la naturaleza de los libros. Ya ve usted que somos razonables y que tenemos la experiencia de todas las miserias y de todos los comercios, porque estudiamos á París hace ya mucho tiempo... Los Mongenod nos ayudan, ellos son nuestro faro en muchas cosas, y por ellos sabemos que el Banco de Francia tiene poca confianza en el comercio de librería, pues aunque es uno de los más hermosos, se hace mal. Respecto á los tres ó cuatro mil francos para salvar á esa familia de la indigencia, pues es preciso que ese pobre niño y su abuelo se alimenten y puedan vestirse convenientemente, voy á dárselos á usted en seguida. Existen sufrimientos, miserias y llagas que aliviarnos inmediatamente, sin titubear y sin tratar de saber á quién socorremos; religión, honor, carácter, todo nos es indiferente; pero cuando se trata de prestar el dinero de los pobres para ayudar á la desgracia bajo la forma de la industria ó del comercio, ¡oh! entonces buscamos garantías con el mismo cuidado que si fuéramos usureros. Limite usted, pues, su entusiasmo á buscarle á ese anciano un librero que sea lo más honrado posible. Esto es cosa de don Nicolás, que conoce abogados, profesores y autores de libros de jurisprudencia, y que seguramente podrá darle á usted un buen consejo el domingo próximo. Esté usted tranquilo, pues si es posible, se resolverá esa dificultad. Sin embargo, acaso sería conveniente que don Nicolás leyese la obra de ese magistrado. Si eso es posible, tráigala usted...

Godofredo quedó admirado del buen sentido de aquella mujer, á la que sólo creía animada por el espíritu de caridad. Y doblando una rodilla en tierra, besó una de sus hermosas manos y le dijo:

—¿De modo que también es usted la razón de la empresa?

—En nuestro estado es preciso serlo todo, repuso con esa alegría propia de las verdaderas santas.

Hubo un momento de silencio que fué interrumpido por Godofredo, que exclamó:

—¿Ha dicho usted dos mil deudores, señora? ¡Dos mil cuentas! repitió. ¡Pero esto es inmenso!

—¡Oh! dos mil cuentas que pueden dar lugar á restituciones basadas, como acabo de decirle á usted, en la delicadeza de nuestros protegidos, pues tenemos otras tres mil familias que no nos darán nunca más que las gracias. Por eso, repito, sentimos la necesidad de llevar libros, y si tiene usted una discreción á toda prueba, usted será nuestro oráculo financiero. Estamos obligados á tener un diario, un libro mayor, cuentas corrientes y un libro de caja. Tenemos también notas, pero se pierde mucho tiempo cuando se tiene que buscar algo... Ya están aquí estos señores, repuso.

Godofredo, grave y pensativo, tomó al principio muy poca parte en la conversación, pues estaba aturcido por la revelación que la señora de la Chanterie acababa de hacerle con un tono que probaba que quería recompensarle por su ardor.

—¡Dos mil familias agradecidas! se decía; pero si cuestan tanto como nos va á costar el señor Bernard, veo que tenemos infinidad de millones sembrados en París.

Este sentimiento fué uno de los últimos mundanos que se extinguió insensiblemente en Godofredo. Reflexionando comprendió que las fortunas reunidas de la señora de la Chanterie, del señor Alain, de don Nicolás, de don José y la del juez Popinot, y las donaciones recogidas por el abate Veze y los socorros prestados por la casa Mongenod, habían tenido que producir un capital considerable, y que, en doce ó quince años, aquel capital, acrecentado por aquellos socorridos que se mostraban agradecidos, tenía que haber crecido como la bola de nieve, ya que aquellas

caritativas personas no distraían ni un céntimo de sus fondos. Poco á poco iba viendo claro en aquella inmensa obra, y su deseo de cooperar en ella aumentó. A eso de las nueve, quiso volver á pie al bulevard de Mont-Parnasse; pero la señora de la Chanterie, temiendo á la soledad del barrio, le obligó á tomar un cabriolé. Al bajar del coche, aunque las ventanas de la casa estaban cuidadosamente cerradas, Godofredo oyó los sonidos del instrumento, y cuando llegó al descansillo, Augusto, que sin duda acechaba la llegada de Godofredo, entreabrió la puerta de su habitación y le dijo:

—Mamá desea verle, y mi abuelo tiene el gusto de ofrecer á usted una taza de te.

Al entrar, Godofredo encontró á la enferma transfigurada por el placer de tocar la música, y su rostro y especialmente sus ojos, expresaban su alegría.

—Hubiese debido esperar á usted para que pudiera gozar de los primeros acordes; pero me arrojé sobre este órgano como se arroja un hambriento sobre un pedazo de carne. Usted tiene un alma capaz de comprenderme, y por lo tanto espero que estaré perdonada.

Y Vanda hizo una seña á su hijo, que fué á comprimir el pedal que hacía respirar al fuelle del instrumento, y con los ojos fijos en el cielo, como Santa Cecilia, la enferma, cuyos dedos habían recobrado momentáneamente fuerza y agilidad, repitió unas variaciones sobre la oración de Moisés, que su hijo había ido á comprarle y que ella había compuesto en pocas horas. Godofredo reconoció en ella un talento idéntico al de Chopin. Era un alma que se manifestaba por medio de sonidos divinos, en los que dominaba una suavidad melancólica. El señor Bernard había saludado á Godofredo con una mirada que expresaba un sentimiento que no había experimentado hacía ya mucho tiempo. Si las lágrimas no hubiesen quedado agotadas para siempre en aquel anciano di-

secado por tan crudos dolores, sus ojos hubiesen estado humedecidos por las lágrimas.

Esto se adivinaba. El señor Bernard jugaba con su tabaquera, contemplando á su hija con indecible éxtasis.

—Señora, dijo Godofredo cuando la música hubo cesado, su suerte quedará decidida, pues le traigo á usted una buena noticia. El célebre Halpersohn vendrá mañana á las tres. Me ha prometido decir la verdad, le dijo al oído al señor Bernad.

El anciano se levantó, cogió á Godofredo por la mano, se lo llevó á un rincón del cuarto al lado de la chimenea, y, temblando, le dijo al oído:

—¡Ah! ¡qué noche voy á pasar! ¡Eso es para mí una sentencia definitiva! ¡Mi hija será curada ó condenada!

—¡Valor! respondió Godofredo, y venga usted á mi habitación después del te.

—Cesa, cesa, hija mía, dijo el anciano, porque puedes provocar una crisis. A ese desarrollo de fuerzas sucederá el abatimiento.

Mandó á Augusto que le quitase el instrumento, y presentó á su hija la taza de te que le estaba destinada, con todo el mimo de una nodriza que quiere distraer la impaciencia de la criatura.

—¿Cómo es ese médico? preguntó distraída ya con la perspectiva de ver un nuevo sér.

Vanda, como todos los prisioneros, estaba devorada por la curiosidad. Cuando los demás fenómenos físicos de su enfermedad cesaban, parecían trasladarse á la parte moral, y entonces concebía estraños caprichos y violentas fantasías. Quería ver á Rossini, y lloraba porque su padre, á quien ella creía omnipotente, se negaba á llevárselo.

Godofredo hizo entonces una minuciosa descripción del médico judío y de su despacho á la enferma, que ignoraba los pasos que había dado ya su padre. El señor Bernard temía tanto hacer nacer en su hija es-

peranzas que no pudiesen realizarse, que había recomendado á su nieto que guardase silencio sobre sus tentativas hechas para traer á Halpersohn. Vanda parecía estar pendiente de las palabras que salían de la boca de Godofredo. Estaba encantada, y se hizo tan ardiente su deseo de ver á aquel extraño judío polaco, que fué presa de una especie de locura.

—Polonia ha dado siempre seres singulares y misteriosos, dijo el antiguo magistrado. Hoy, por ejemplo, además de ese médico, tenemos á Hoene Wronski, el matemático iluminado, al poeta Mickiewicz, Tawianski el inspirado, y el sobrenatural talento Chopin. Las grandes conmociones nacionales producen siempre especies de gigantes tronchados.

—¡Oh! ¡querido papá! ¡qué hombre es usted! Si se escribiese todo lo que usted dice nada más que para divertirme, haría usted una fortuna... pues figúrese usted, caballero, que mi anciano padre inventa para mí historias admirables cuando no tengo novelas que leer, y me duerme de este modo. Su voz me mece, y calma á veces mis dolores con su ingenio... ¿Quién le recompensará nunca?... Augusto, hijo mío, debías besar el sitio donde pone la planta tu abuelo.

El joven levantó hacia su madre sus ojos humedecidos por el llanto, y esta mirada, que denotaba una pasión mucho tiempo comprimida, fué todo un poema. Godofredo se levantó, cogió la mano de Augusto y se la estrechó.

—Señora, Dios ha puesto dos ángeles á su lado.

—Sí, ya lo sé. Por eso me reprocho muchas veces el hacerles rabiarse. Ven, querido Augusto, abraza á tu madre. Caballero, es un hijo que enorgullecería á cualquier madre. Es puro como el oro, es franco, es un alma sin pecado, pero un alma demasiado apasionada como la de su pobre madre. Dios sin duda me ha clavado en el lecho para evitar que haga las tonterías que cometen á veces las mujeres... que tienen demasiado corazón, añadió sonriéndose.

Godofredo respondió con una sonrisa y con un saludo.

—Adiós, caballero, y sobre todo dé usted las gracias á su amigo por el instrumento, que ha hecho la felicidad de una pobre impedida.

—Amigo mío, dijo Godofredo cuando estuvo solo con el señor Bernard, que le había seguido, creo poder asegurarle que no será usted explotado por ese trío de *buenos sujetos*. Obtendré la suma necesaria, pero es preciso que me confíe usted su tratado relativo á la retroventa... Para hacer más por usted, tendría usted que dejarme leer su obra, no á mí, que no tengo bastantes conocimientos para juzgarla, sino á un antiguo magistrado de perfecta integridad, que se encargará, según el mérito de la obra, de encontrar una casa honrada con la que podrá usted arreglarse... No le digo á usted más sobre este asunto. Entretanto, aquí tiene usted quinientos francos para cubrir las necesidades más apremiantes. No le pido á usted recibo; me quedará usted obligado únicamente por su conciencia, y esto espero que no le acusará á usted de nada hasta tanto que no haya usted adquirido una posición desahogada... Yo me encargo de pagar á Halpersohn.

—¿Quién es usted? dijo el anciano cayendo sobre una silla.

—Yo, nadie, respondió Godofredo. Pero sirvo á personas poderosas que conocen su angustia y que se interesan por usted... No me pregunte usted más.

—¿Y cuál es el móvil de esa gente? preguntó el anciano.

—¡La religión, caballero! replicó Godofredo.

—¡Es posible!... ¡la religión!

—Sí, la religión católica, apostólica y romana.

—¿Pertenece usted á la orden de Jesús?

—No, señor mío, respondió Godofredo. Esté usted tranquilo, pues esas personas no tienen más móvil que socorrer á usted y hacer feliz á su familia.

—¿Habrá dejado de ser la filantropía una vanidad?

—Vaya, caballero, dijo vivamente Godofredo, no deshonre usted la santa caridad católica, la virtud definida por San Pablo.

Al oír esta respuesta el señor Bernard, empezó á pasear por el cuarto dando largos pasos.

—Acepto, dijo de pronto. Y el único medio de que puedo disponer para pagarle á usted es el confiarle mi obra. Las notas y las citas son inútiles para un antiguo magistrado; y, como le he dicho á usted ya, aun me quedan dos meses de trabajo para copiar las citas. Hasta mañana, añadió dando un apretón de manos á Godofredo.

—¿Habré hecho una conversión?... se dijo Godofredo, que quedó sorprendido al ver la nueva expresión que había tomado el rostro de aquel anciano al dar la última respuesta.

Dos días después, á las tres de la tarde, un cabriolé se detuvo delante de la casa, y Godofredo vió salir de él á Halpersohn, envuelto en un enorme capote forrado de piel de oso. Durante la noche, el frío había aumentado y el termómetro marcaba diez grados bajo cero.

El médico judío examinó curiosamente, aunque á hurtadillas, el cuarto en que su cliente de la víspera lo recibía, y Godofredo vió que un pensamiento de desconfianza asomaba á sus ojos cual si fuese un puñal. Esta ligera sospecha hizo experimentar un frío interior á Godofredo, que se imaginó entonces que aquel hombre debía ser despiadado é implacable en sus negocios; y es tan natural suponer el genio unido con la bondad, que no pudo disimular su disgusto.

—Caballero, le dijo, veo que la sencillez de mi habitación inquieta á usted, y espero, por lo tanto, que no le sorprenderá mi manera de obrar. Aquí tiene usted sus doscientos francos, y he aquí tres billetes de mil francos, añadió sacando de su cartera los billetes que la señora de la Chanterie le había

dado para desempeñar la obra del señor Bernard; pero, caso de que tuviera usted temores sobre mi solvencia, ofrezco á usted como fiadores á los señores Mongenod, banqueros, que habitan en la calle de la Victoria.

—Los conozco, respondió Halpersohn metiéndose las diez monedas de oro en el bolsillo.

—Seguramente que no dejará de ir á verles, pensó para sus adentros Godofredo.

—¿En dónde vive esa señora? preguntó el médico levantándose como hombre que conoce el valor del tiempo.

—Venga usted por aquí, dijo Godofredo pasando delante para enseñarle el camino.

El judío examinó con recelosos y sagaces ojos los lugares por donde pasaba, pues tenía el golpe de vista del espía, así es que vió muy bien los horrores de la indigencia por la puerta de la habitación donde dormían el magistrado y su nieto; por desgracia, el señor Bernard había ido á ponerse el traje con que se presentaba en la habitación de su hija, y á causa de la precipitación con que había salido á abrir la puerta, había cerrado mal la de su leonera.

Saludó noblemente á Halpersohn y abrió con precaución el cuarto de su hija.

—Vanda, hija mía, aquí está el médico, dijo.

Y se echó á un lado para dejar paso á Halpersohn, que conservaba su gaban de pieles. El judío quedó sorprendido del contraste de aquella pieza, que en aquel barrio y en aquella casa sobre todo era una anomalía; pero el asombro de Halpersohn duró poco, porque había visto muchas veces en las casas de los judíos de Alemania y de Rusia contrastes análogos entre una excesiva miseria aparente y riquezas ocultas. Mientras iba de la puerta al lecho de la enferma, no cesó de mirarla, y, al llegar á su cabecera, le dijo en polaco:

—¿Es usted polaca?

—Yo no, pero mi madre lo era.

—¿Cómo! ¿pues con quién se había casado su abuelo de usted el coronel Tarlowski.

—Con una polaca.

—¿De qué provincia?

—Con una Sobolewska de Pinsk.

—Bueno. ¿Es su padre este señor?

—Sí, señor.

—Caballero, le preguntó, ¿su esposa de usted?...

—Ha muerto, respondió el señor Bernard.

—¿Era muy blanca? dijo Halpersohn haciendo un movimiento de impaciencia al verse interrumpido.

—He aquí su retrato, respondió el señor Bernard yendo á descolgar un magnífico cuadro que contenía varias preciosas miniaturas.

Halpersohn tentaba la cabeza y la cabellera de la enferma, al mismo tiempo que miraba el retrato de Vanda Tarlowska, descendiente de una condesa Sobolewska.

—Cuénteme usted los desordenes producidos por la enfermedad.

Y se sentó en la poltrona, mirando á Vanda fijamente durante los veinte minutos que duró el relato alternativo del padre y de la hija.

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Treinta y ocho años.

—¡Ah! está bien, exclamó levantándose. Me comprometo á curarla. No aseguro que recobre el ejercicio de sus piernas, pero curarla, sí. Unicamente que es preciso meterla en una casa de salud de mi barrio.

—Pero, caballero, mi hija no es transportable.

—Le respondo á usted de ella, dijo sentenciosamente Halpersohn; pero sólo le respondo de ella con esas condiciones... ¿Sabe usted que va á cambiarse su enfermedad actual por otra enfermedad espantosa, que durará acaso un año, ó por lo menos seis meses? Puesto que usted es su padre, podía venir á ver á la señora.

—¿Es eso seguro? preguntó el señor Bernard.

—Seguro, repitió el judío. La señora tiene en el cuerpo un principio, un humor nacional del que es preciso librarla. Cuando usted quiera, puede usted traerla á la calle Basse-Saint-Pierre, en Chaillot, casa de salud del doctor Halpersohn.

—¿Y cómo la llevaré?

—En una camilla, como se llevan todos los enfermos á los hospitales.

—¿Y no la matará el trayecto?

—No.

Y cuando Halpersohn pronunciaba esta palabra seca, estaba ya en la puerta, donde Godofredo le esperaba. El judío, que se ahogaba de calor, le dijo á éste al oído:

—Además de los mil escudos, tendrá que pagar quince francos diarios, advirtiéndole á usted que se pagan tres meses por adelantado.

—Está bien, caballero. Y ¿responde usted de la cura? preguntó Godofredo poniéndose en el estribo del cabriolé, donde el doctor estaba ya arrellenado.

—Respondo, repitió el médico judío. ¿Ama usted á esa señora?...

—No, respondió Godofredo.

—No diga usted nada de lo que voy á confiarle, pues se lo digo únicamente para probarle que estoy seguro de su curación, y, si usted cometiese una indiscreción, mataría usted á esa señora.

Godofredo le respondió con un gesto.

—Hace ya diecisiete años que es víctima del principio de la Plica polaca (*Plica polónica*), que produce todos esos estragos, y yo he visto terribles ejemplos de ellos. Ahora bien; hoy, yo soy el único que sabe la manera de hacer salir la Plica y de poder curarla, pues no siempre se curan todos. Caballero, ya ve usted que soy desinteresado. Si esta señora fuese una gran dama, una baronesa de Nucingen, ó cualquiera otra mujer ó hija de los Cresos modernos, esta cura-

ción me valdría cien ó doscientos mil francos, en fin, todo lo que pidiese. ¡Es una lástima!

—¿Y el trayecto?

—¡Bah! parecerá que va á morir, pero no se morirá... Una vez curada, tiene vida para cien años. Vamos, Jacobo, aprisa, á la calle de Monsieur, dijo al cochero.

Y dejó en el boulevard á Godofredo, que se quedó alelado viendo partir el carruaje.

—¿Quién es ese tipo de hombre vestido de piel de oso? preguntó la Vauthier, á quien no se le escapaba nada. ¿Es verdad lo que me ha dicho el cochero, que es el médico más famoso de París?

—¿Es que le importa á usted algo eso, mamá Vauthier?

—¡Ah! nada, nada, repuso ella haciendo muchos aspavientos.

—¡Qué tonta ha sido usted en no ponerse de mi parte! dijo Godofredo encaminándose á pasos lentos hacia la casa. Hubiera usted ganado más que con los señores Barbet y Metivier, que no le darán nada.

—¿Qué tengo yo que ver con esos señores? repuso la vieja encogiéndose de hombros. El señor Barbet es el propietario de la casa, y nada más.

Hasta dos días después no se decidió el señor Bernard á separarse de su hija y á llevarla á Chaillot. Godofredo y el antiguo magistrado iban cada uno á cada lado de la camilla en que iba la enferma, y temía tanto su padre los sobresaltos de un ataque de nervios, que iba casi envuelto en los colchones. El convoy salió á las tres y llegó á la casa de salud á eso de las cinco, á la caída de la tarde. Godofredo pagó los cuatrocientos francos, importe del trimestre que se exigía, y después, cuando estaba dando la propina á los dos porteros, fué á unirsele el señor Bernard, que llevaba un voluminoso paquete en la mano, y se lo tendió á Godofredo, diciéndole:

—Uno de estos hombres que vaya á buscarle á us-

ted un cabriolé, porque no podría usted llevar mucho tiempo estos cuatro volúmenes. He aquí mi obra, entréguesela usted á mi censor, y dígame que se la confío por toda esta semana. Voy á permanecer lo menos ocho días en este barrio, pues no puedo decidirme á dejar á mi hija abandonada. Conozco á mi nieto, y sé que puede guardar la casa, sobre todo ayudado por usted. Por otra parte, se lo recomiendo á usted. Si yo fuese aún lo que fuí, le preguntaría á usted el nombre de mi crítico, de ese antiguo magistrado, porque hay muy pocos á quienes yo no conozca.

—¡Oh! no es ningún misterio, dijo Godofredo interrumpiendo al señor Bernard. Desde el momento en que usted tiene confianza en mí, puedo decirle que su censor es el antiguo presidente Lecamús de Tresnes.

—¡Oh! ¡de la audiencia real de París! ¡Ya lo creo!.. Es uno de los hombres más cumplidos de aquel tiempo... Él y el difunto Popinot, el juez del tribunal de primera instancia, fueron magistrados dignos de los mejores días de los antiguos tiempos. Si yo conservase algún temor, con saber únicamente eso estaría disipado... Y ¿dónde vive? Quisiera ir á darle las gracias por el trabajo que va á tomarse.

—Lo encontrará usted en la calle de Chanoinesse, bajo el nombre de don Nicolás... Yo voy ahora allí. ¿Y su compromiso con esos pillos?...

—Augusto se lo entregará á usted, dijo el anciano, que se encaminó hacia el patio de la casa de salud.

En aquel momento llegaba con un cabriolé el mozo que había recibido el encargo de ir á buscarlo. Godofredo montó en él, y estimuló al cochero con la promesa de una buena propina si llegaba á tiempo á la calle de la Chanoinesse, pues Godofredo quería comer allí.

Media hora después de la marcha de Vanda, tres hombres vestidos de negro, que la Vauthier introdujo por la calle de Notre-Dame des Champs, donde esperaban sin duda el momento favorable, subieron la

escalera, acompañados de aquel Judas femenino, y llamaron suavemente á la puerta de la habitación del señor Bernard. Como aquel día era precisamente jueves, el colegial había podido quedarse á guardar la casa. Abrió, y tres hombres se deslizaron como sombras en la primera pieza.

—¿Qué quieren ustedes, señores? preguntó el joven.

—¿No vive aquí el señor Bernard..., es decir, el señor barón?

—Pero ¿qué quieren ustedes?

—¡Ah! ya lo sabe usted, joven, pues acaban de decirnos que su abuelo se ha marchado acompañando á una camilla... Eso no nos asombra, porque está en su derecho. Yo soy alguacil y vengo á apoderarme de todo esto... El lunes recibieron ustedes una citación para pagar tres mil francos y las costas al señor Metiviere, bajo pena de embargo ó encarcelamiento, y como que el que fué cocinero antes que fraile ya sabe lo que pasa en la cocina, el deudor toma las de Villadiego para evitar las de Clichy. Pero si no podemos cogerle á él, cogeremos al menos su rico mobiliario, pues lo sabemos todo, joven, y vamos á obrar con rigor.

—He aquí los papeles timbrados que su abuelo no ha querido recibir nunca, dijo la Vauthier poniendo en la mano á Augusto tres notificaciones de embargo.

—Quédese usted aquí, señora, pues vamos á constituirle en guardiana judicial. La ley le concede dos francos diarios, que no son de despreciar.

—¡Ah! ¡al fin veré lo que hay en ese hermoso cuarto! exclamó la Vauthier.

—¡No entrarán ustedes en el cuarto de mi madre! gritó el joven interponiéndose entre la puerta y los tres hombres vestidos de negro.

A una seña del alguacil, los dos patricios y el primer pasante que llegó después cogieron á Augusto

—No haga usted resistencia, joven, porque usted no es aquí el amo, é iría á dormir á la prefectura.

Al oír estas terribles palabras, Augusto rompió en amargo llanto:

—¡Ah! ¡qué suerte que se haya marchado mamá, porque esto la hubiera matado!

Una especie de conferencia tuvo lugar entre los patricios, el alguacil y la Vauthier. Aunque hablaban en voz baja, Augusto comprendió que lo que querían sobre todo era coger los manuscritos de su abuelo, y entonces abrió la puerta del cuarto.

—Entren ustedes, señores, y no estropeen nada, dijo, mañana se les pagará.

Después se marchó llorando á su zaquizamí, en donde, cogiendo las notas de su abuelo, las metió en el hornillo, pues sabía que éste estaba completamente apagado.

Esta acción fué hecha con tal rapidez, que el alguacil, astuto zorro digno de sus clientes Barbet y Metiviere, encontró al joven sentado en una silla y llorando cuando se precipitó en el zaquizamí, después de haberse cerciorado de que los manuscritos no se encontraban en la antesala. Aunque no pudiesen coger los libros ni los manuscritos, la retroventa suscrita por el antiguo magistrado hubiese justificado aquella manera de proceder. Pero era fácil oponer medios dilatorios á aquel embargo, cosa que el señor Bernard no hubiese dejado de hacer. De ahí la necesidad de obrar con disimulo y con mala fe. La viuda Vauthier había servido admirablemente á su propietario, no entregando las citaciones á los inquilinos. Contaba meterlas en su habitación cuando entrasen en ella con los agentes del juzgado, ó decir, en caso de necesidad, al señor Bernard que creía que aquellas citaciones eran para los dos autores, que estaban ausentes hacía ya dos días.

Las diligencias de embargo duraron una hora, y el alguacil no omitió nada y consideró el valor de los objetos encargados como insuficiente para pagar la deuda. Una vez que los agentes del juzgado se au-

sentaron, el pobre joven tomó las citaciones y corrió á buscar á su abuelo á la casa de salud, toda vez que el ujier había dicho que la Vauthier era responsable de los objetos embargados, bajo las penas más graves. Pudo, pues, dejar la casa sin temor á nadie.

La idea de saber que su abuelo podía ser encarcelado por deudas, puso loco al pobre joven, pero loco como suelen ponerse los muchachos á esa edad, es decir, que era presa de una de esas exaltaciones peligrosas y funestas en que todas las energías de la juventud fermentan á la vez, y lo mismo pueden hacer cometer malas acciones que rasgos de heroísmo. Llegado á la calle Basse-Saint-Pierre, Augusto supo por el portero que se ignoraba el paradero del padre de la enferma que había sido llevada sobre las cuatro y media, pero el señor Halpersohn había dado orden de que no se dejara pasar á nadie, ni aun á su padre, á ver á la señora hasta después de ocho días, bajo pena de poner su vida en peligro.

Esta respuesta llevó al colmo la desesperación de Augusto, que tomó de nuevo el camino del boulevard Mont-Parnasse lleno de desesperación, y ocupada su mente con las más extravagantes ideas. Llegó cerca de las ocho y media de la noche, casi en ayunas, y de tal modo agobiado por el hambre y el dolor, que siguió á la Vauthier cuando ésta le propuso que tomase parte en su cena, que consistía en un guisado de carnero con patatas. El pobre niño cayó casi muerto en una silla en casa de aquella atroz mujer. Engañado por la charla y por las melosas palabras de aquella vieja, respondió á algunas preguntas que le había hecho diestramente sobre Godofredo, y la dió á entender que era éste el que debía pagar las deudas de su abuelo al día siguiente, y que al nuevo inquilino se debían los felices cambios que había experimentado su fortuna de una semana á aquella parte. La viuda escuchaba todo esto con aire de duda, obligando á Augusto á beber algunos vasos de vino.

A eso de las diez se oyó el rodar de un cabriolé que se detuvo ante la casa, y la viuda exclamó:

—¡Oh! es don Godofredo.

Inmediatamente, Augusto tomó la llave de su habitación y subió para ver al protector de su familia; pero encontró el rostro de Godofredo tan cambiado, que no se decidía á hablarle, más el peligro de su abuelo determinó á aquel generoso niño.

He aquí lo que había pasado en la calle de Chanoinesse, y la causa de la severidad que se notaba en el rostro de Godofredo: Llegado á tiempo, el neófito había encontrado á la señora de la Chanterie y á sus fieles en el salón, y había llamado aparte á don Nicolás para entregarle los cuatro volúmenes del *Espíritu de las leyes modernas*. Don Nicolás llevó en el acto aquel numeroso escrito á su cuarto, y bajó para comer. Después de haber estado un rato hablando de sobremesa, volvió á subir á su cuarto con intención de empezar la lectura de aquella obra.

Godofredo quedó muy sorprendido cuando, algunos instantes después de la desaparición de don Nicolás, recibió un recado de Manón, por el cual su antiguo presidente le rogaba que subiese á verle. Subió á casa de don Nicolás acompañado por Manón, y fué tal su sorpresa al ver el alterado rostro de aquel hombre tan plácido y tan firme, que no se fijó siquiera en el interior del cuarto.

—¿Sabía usted el nombre del autor de esta obra? preguntó don Nicolás, que parecía que volvía á ser presidente.

—No le conozco más nombre que el de señor Bernard, porque yo no he abierto el paquete, respondió Godofredo.

—¡Ah! ¡es verdad! se dijo don Nicolás, yo mismo rompí la cubierta. Y ¿no ha procurado usted averiguar sus antecedentes? repuso.

—No. Sé que se casó por amor con la hija del general Tarlowski, que su hija se llama como la madre,